

En General Franco

He descubierto que tengo una memoria histórica proclive a la dictadura. Y es curioso porque nunca he vivido en una, salvo que cuente haberme criado entre las calles General Franco de Ourense y Primo de Rivera de Sanxenxo. Mis padres y mis abuelos, que sí vivieron una dictadura, nunca vivieron en General Franco, sino en la calle Progreso, que era como se llamaba antes y se llama ahora, de forma que por un malabarismo de la Transición el nombre de General Franco solo había calado en la memoria de los que nacimos en democracia.

Cuando era pequeño me perdía con frecuencia, por eso mis padres se esmeraron en introducir entre mis primeras palabras una dirección que parecía un nombre, un rango, un ejército y un batallón, que yo repetía con una firmeza a la que solo le faltaba el saludo fascista. El General Franco, a mis cuatro años, no era un dictador. El General Franco era yo. Y más tarde dos palabras en las que no cabía un dictador, sino un puente encharcado sobre aguas termales que me enterraban en vapor de agua camino del cole, como si atravesara el cráter de un volcán o el templo maldito.

Con Primo de Rivera la cosa era peor, porque ningún libro de historia pudo borrar jamás el escenario de mi primera novia, ni el destino de mis primeras cartas de amor, que aún guardo bajo llave con un remite a boli de letra redonda, de niña, de dictadora. Primo de Rivera no había fundado la Falange, Primo de Rivera era un verso en un sobre.

Mi memoria histórica representa el fracaso de la Transición, pero muy especialmente del franquismo, que redujo sus personajes a coordenadas, difuminando su gloria pero también sus crímenes. La dictadura vivía escondida en un callejero, entre los médicos, los obispos, los escritores y otros apellidos con los que calzar la pata de una mesa. Equiparables en logística y gloria a las calles con nombres de provincias, y de ciudades europeas, y de montes, y de flores, y de pájaros, y de minerales, que sirvieron para disfrazar de civilización la burbuja inmobiliaria. Las avenidas son un homenaje al olvido. Lápidas que convierten a héroes en fonemas. Las direcciones nunca te llevan a los currículums, ni a sus novelas ni a sus gestas, sino a las farmacias y a las ferreterías. Por eso las direcciones se olvidan, y por eso en España sale más rentable hacer las calles que los poemas y las gestas.

Ricardo F. Colmenero, *El Mundo*, 14 de enero de 2017